

barcó, en seguida, para la isla del Espíritu Santo, en una chalupa que le envió el padre visitador.

Llegado á Nuestra Señora de los Dolores, encontró allí al padre Guillen á quien habia conternado mucho la noticia de los primeros asesinatos. En tanto que concertaban las medidas que convenia tomar los pericues y los coras invadieron las misiones de Todos Santos y la Paz, y no encontrando en ninguna de ellas al padre Taraval de quien se prometian hacer una tercera victima, de quitaron su rabia en los cristianos que habian permanecido fieles, matando á veintisiete y obligando á los demás á huir.

Desde entonces la guerra desoló aquella colonia; las tribus se atacaban entre sí y se saqueaban. Los ángeles de paz habian volado; el demonio de la guerra reinaba implacablemente en aquella comarca desgraciada.

Informado de estos desastres el padre Guillen, recomendó mucho á todos los misioneros de la California que estuviesen sobre aviso, y dirigió al virey Vizarron una exposicion en la que pintaba lo acaecido y concluia suplicando se tomasen las providencias necesarias á fin de conjurar los nuevos males que amenazaban á las misiones. Se trataba de evitar una rebelion general, de castigar á los asesinos, de impedir la ruina de cuatro misiones y de sustraer las guarniciones de inminentes peligros. La exposicion no causó mayor sensacion al virey, pues solo respondió que estaba dispuesto á cooperar

de su parte á las medidas que los padres tomasen para asegurar la salvacion de las misiones; que las apoyaria ante el rey, así por el bien de la religion como por el de S. M. ¡Bellas frases de corte, pero ninguna asistencia en realidad! Por tanto la rebelion aumentó.

La mision de Nuestra Señora de los Dolores no tardó en verse turbada; y aunque fué auxiliada con el envío de unos cuantos soldados esto pudo apenas bastar para protegerla, mas no para hacer frente al mal y cortar sus progresos. Entre tanto los espíritus se inflamaban y vagos rumores hacian presentir un levantamiento general. El padre Guillen juzgó oportuno en estas circunstancias concentrar todas las misiones en Loreto, y no cabe duda de que estaa certada medida salvó la vida á los padres conservando al mismo tiempo las misiones.

CAPITULO XXIV.

INTERVENCION DE LOS YAQUIS.

Corria el año de 1735.—El padre Guillen hizo una nueva tentativa cerca del virey de México; al efecto el provincial de la Nueva España presentó en persona dos memoriales en que se

exponia de una manera enérgica el estado deplorable de la colonia; mas por parte del virey se mostró la misma indiferencia. No quedaba, pues, mas esperanza que la de ocurrir al soberano. El padre Gaspar Rodero, agente general de las Indias en la corte, instruyó á S. M. acerca de los acontecimientos y temores que ponian en peligro de perderse aquella porcion tan bella y tan interesante de las conquistas españolas. Tal era el estado de las cosas cuando la Providencia, como para avergonzar á aquellos que por tantos títulos debieran ser los naturales protectores de los misioneros, suscitó de otra parte una inesperada asistencia.

No lejos de la California existia una pequeña nacion cuyo nombre era apenas conocido, la nacion de los yaquis, indígenas siempre fieles, sumisos y adictos (1). Apenas llegó á sus oidos la noticia de la rebelion de las otras tribus, poseidos de indignacion tomaron las armas, y aparejando una balandra navegaron rio arriba desembarcando en Loreto: una vez llegados se dirigieron á Nuestra Señora de los Dolores llevando consigo buena provision de arcos y flechas para los californios que quisiesen unírseles. Pasearon en triunfo las cruces que fueron salvadas y recogidas en Loreto por todas las misiones invadidas. En esta especie de procesion, los buenos indígenas iban entonando cánticos que no interrumpian sino para sollozar y derramar lágrimas.

1 Como mas tarde los iroqueses, en el Canadá, permanecieron fieles á los franceses.

Después de cumplir con este primer deber de fidelidad religiosa, se dirigieron en busca de los misioneros suplicándoles muy encarecidamente que no los abandonasen, ellos que los habian bautizado é instruido; para decidirlos, les prometieron su eficaz proteccion contra todo ataque ulterior, les rogaron por último que perdonasen á la nacion que no era por cierto culpable del extravío de unos cuantos. Los padres no dudaron de la sinceridad de estos testimonios; no vacilaron por lo mismo en volver á sus respectivas misiones en donde fueron recibidos con grandes demostraciones de alegría. Se impuso un ligero castigo á los mas criminales para ejemplo de los demás, cuatro de ellos fueron desterrados temporalmente y con estas medidas la calma y la tranquilidad se recobraron como por milagro.

Solo quedaba por pacificar la mision de la Paz. Para lograrlo hubo necesidad de librar algunos combates. Estos restos de rebelion se debieron á un accidente sobre el cual vamos á decir una palabra. Sucedió, pues, que habiendo llegado á la costa una embarcacion cristiana y no habiendo allí persona ni señal alguna, destacó un bote para abordar y hacer saber su arribo á los padres de la mision vecina. Los trece hombres que montaban el bote, sorprendidos de no encontrar ni un solo habitante en la ribera, saltaron á tierra imprudentemente, y dejando algunos que cuidasen el bote se internaron hasta la poblacion mas próxima. Mas en ella les esperaba una emboscada, y todos

perecieron bajo una lluvia de flechas. Después de esto los salvajes corrieron hacia el bote y acabaron con los pocos hombres que en él habían quedado. Alarmado el capitán del buque se dirigió con su gente hacia la costa y vió á los indigenas desarmando la embarcacion para aprovecharse del hierro. El intrépido capitán saltó á tierra, atacó á los traidores matando á muchos, hiriendo á no pocos y haciendo prisioneros á los demás, en seguida levó anclas y el buque prosiguió su marcha hacia Acapulco. Pronto se supo en México esta desastrosa aventura que causó gran consternacion y dió ocasion á que se pensase por fin seriamente en la necesidad de enviar pronto auxilio á la California. No era solo una cuestion de humanidad, se trataba tambien de la salvacion de un país inmenso. El virey se conmovió al fin y conoció que era preciso obrar. En consecuencia el gobernador de Sinaloa fué enviado con tropas y á su llegada á Loreto fué recibido con grandes demostraciones de alegría rindiéndosele todos los honores debidos á su rango. Los misioneros le colmaron de miramientos y obsequios, pero mal prevenido como estaba acerca de la manera con que los jesuitas regian á aquellos países, se mostró poco dispuesto á seguir sus consejos y á aprovecharse del perfecto conocimiento que aquellos tenian de los lugares, costumbres y usos de los habitantes, etc. Por tanto, no solo no obraba de acuerdo con ellos en sus disposiciones, sino que muchas veces estas se encontraban en directa oposicion con las ideas de los

misioneros. Dos años trascurrieron así no solo sin resultado ninguno favorable sino mas bien funesto.

Entretanto el padre Julian de Mayorga murió. Este anciano, que habia gobernado por espacio de tres años próximamente sin contradiccion ninguna, se hizo querer en todo el país que le veneraba. En sus funerales, lo mismo que en los de san Basilio, fueron tales los sollozos, los gemidos y lágrimas, que no permitian oír el canto de los salmos y de los himnos fúnebres. La multitud que se agolpaba al rededor del cadáver era tal, que cada uno se veia en riesgo de ser sofocado.

En vista de tales testimonios no pudo menos que ceder el terco gobernador que comprendió al fin cuan grande era la influencia moral de los jesuitas sobre aquellos pueblos y cuanto se habia engañado él mismo. Desde entonces modificó su sistema y puso en práctica las últimas advertencias que desde el principio le hicieron los misioneros. Determinóse, pues, á intimidar á los indigenas por medio de un golpe decisivo de autoridad y de un acto ruidoso. En vez de batirlos parcialmente los atrajo á todos á un punto conveniente y en él trabó una batalla general en la que triunfó completamente, mas los rebeldes no se dieron aun por vencidos. Confiados en el sistema de lentitud empleado hasta entonces, cobraron aliento y se decidieron á probar fortuna en un segundo combate. En esta vez, como en la primera, fueron enteramente derrotados, por lo que, viéndose ya faltos de

recursos se sometieron implorando la clemencia del gobernador. Este último no quiso oírlos mientras no le fuesen entregados los jefes de la rebelion, así como tambien los principales asesinos de los soldados y de los misioneros. Le fueron, pues, entregados los culpables, mas por todo castigo solo les impuso un destierro á las costas de Nueva-España. Fué esta una debilidad que la justicia divina no aprobó.

Embarcados los culpables para el lugar de su destierro, intentaron, durante la travesía, desarmar la escolta y apoderarse del buque; pero los soldados resistieron con valor, y haciendo fuego sobre los miserables dieron muerte á casi todos. Entre los que escaparon estaban precisamente los dos indígenas que habian sido los primeros en levantar sus parricidas manos sobre los padres Carranco y Tamaral, pero el ojo y la mano de Dios les seguian, así es que uno de ellos fué muerto poco después, y el otro no tardó en seguirle encontrando la muerte al caer de lo alto de una palmera sobre las rocas. Su muerte fué horrible y digna de un apóstata.

CAPITULO XXV.

PROTECCION REAL.

Informado el rey Felipe V del estado de las cosas, envió instrucciones especiales al virey para el restablecimiento de las misiones y para la proteccion y acrecentamiento de aquellas conquistas. En virtud de estas órdenes y comprendiendo el gobernador la utilidad que resultaria de asegurar un puerto en las estaciones de Filipinas, trató de fortificar el Cabo de San Lucas. Se decidió que los soldados no dependerian ya de los jesuítas ni aun del capitan de Loreto, sino directamente del virey. Se dió por jefe á esta nueva guarnicion al mismo hijo del antiguo capitan Lorenzo, digno por cierto de su padre y que habia nacido y recibido su educacion en la California, siendo además un jóven piadoso, prudente, muy ilustrado, y por último muy valiente y adicto.

Mas por desgracia pronto se hicieron lugar las prevenciones del gobernador, y aun del mismo virey, quienes dando por motivo que el capitan Lorenzo se mostraba muy dócil á los consejos de los jesuítas le dieron orden de que se retirase. En vano protestó contra semejante medida el agente de la California en Mé-

xico por considerarse tal acto como contrario á las instrucciones de Felipe V; el virey dió sus órdenes para que la guarnicion, incluso su jefe, se independiese completamente de los padres; de aquí resultaron graves inconvenientes, los padres, abandonados así en su mision, no podian hacer el bien sino á medias, la disciplina militar se relajó, los indígenas fueron oprimidos, y se les obligó á trabajar diariamente en la pesca de perlas; la codicia se permitió toda clase de violencias respecto de ellos; en una palabra, la conquista caminaba de nuevo á su ruina. Se vió el desórden por todas partes, llegando á tal extremo que el virey hubo por fin de abrir los ojos y reconocer que era preciso volver á la conducta de sus predecesores, inspirada por el padre Salvatierra. En consecuencia fué despedido el capitán Acevedo y reemplazado por un teniente subordinado al capitán de Loreto; se dispuso, además, que la guarnicion quedase sometida al padre visitador.

Las cosas volvieron, pues, al estado que antes guardaban. Se tomaron convenientes medidas para el restablecimiento de la mision del Mediodía. Entre los misioneros que fueron designados para cultivar aquella viña tan regada ya de sangre debe mencionarse al padre Antonio Templis, quien durante su larga carrera no desmayó un solo día sino que perseveró en su obra de abnegacion, sin ruido, sin gloria, pero con éxito constante, uniforme, pacientemente sublime.

Felipe V, que tocaba ya al término de su

carrera, no cesaba de proteger con el mas vivo interés aquella porcion lejana pero sagrada de su corona, no perdonó sacrificio alguno para asegurarle prosperidad y afirmar en ella el reinado de Jesucristo (1). En 1743 dió orden para que se suministrasen de su real tesoro las cantidades necesarias para los gastos que ocasionase la pacificacion de los indígenas.

Al considerar las intenciones del nieto de Luis XIV no puede menos de figurárenos que el genio poderoso que supo elevar tan alto á la Francia queria posarse en este nuevo mundo. El rey pudo morir con el consuelo de haber vivificado, por algun tiempo al menos, aquellos desgraciados y bellos países en donde su nombre era bendecido, en donde se elevaban diarias oraciones por su conservacion. El rey murió en 1749.

Fernando VI, su heredero en el trono, no cerró por cierto la mano que su padre habia abierto para socorrer á aquellas colonias. La cédula que expidió y dirigió al virey confirmaba en todas sus disposiciones la que doce años antes se habia dirigido al conde de Fuen-Clara (2). En ella rinde el soberano un brillante homenaje de justicia á los misioneros, los recomienda á la solicitud del virey y ordena que se siga en todo sus consejos y se preste obediencia á su direccion.

1 El rey fué admirablemente secundado por el presidente del consejo de Indias, D. José Carvajal.

2 Cédula de Fernando VI de 9 de Junio de 1746.

Esta manifestacion de la voluntad real fué acogida en México con positiva satisfaccion porque se veia en ella una prenda de los sentimientos piadosos y magnánimos del monarca.

El padre Knio, de cuyos trabajos hemos hecho mencion en otros capítulos, habia fallecido en 1710. Las provincias en que su celo heroico se habia ejercitado, se vieron abandonadas desde entonces por falta de recursos pecuniarios. En vano su compañero, el padre Agustin de Campos, le imitó en todo durante el espacio de 25 años que le sobrevivió; mal servido, mal secundado, no logró sino resultados parciales é incompletos. En las comarcas del Norte la defeccion habia arrastrado consigo á casi todos los naturales. La mayor parte de las iglesias edificadas por el padre Knio se arruinaron; las fértiles planicies que habia cultivado admirablemente no eran ya mas que áridas landas, y lo que es peor de todo, la depravacion habia recobrado su imperio sobre aquellas desgraciadas tribus.

Tal fué el espectáculo que entristeció los ojos y el corazon de D. Benito Crespo, obispo de Durango, cuando recorrió aquella vasta y desolada porcion de su diócesis. La viña estaba devorada por los insectos y mezclada con la mala yerba, pero faltaban cultivadores que trabajasen á la vez por extirpar aquellas plantas venenosas y por fecundar y hacer revivir la planta productiva. El obispo hizo llegar sus quejas hasta el pié del trono y en 1731 llegaron tres misioneros á la Pimeria con algunos auxi-

lios materiales. Pero muy luego se pusieron á prodigar los beneficios de la gracia. Se formaron misiones como por encanto en la Pimeria alta, algunas de ellas comprendian otras muchas menores, algunas solo tenian dos. Los nombres de estas misiones fueron: Nuestra Señora de los Dolores, San Ignacio, Tributama, con otras nueve menores: Caborca, Suamca, Guebavi, comprendian todas ellas algunas rancherías españolas y considerable número de indígenas; San Javier, por último, igualmente bien poblado.

Siete ú ocho años mas tarde un caballero español, aquel mismo marques de Villa-Puente, el insigne é inagotable bienhechor de las misiones, legó en su testamento algunas sumas de dinero para fundar otras residencias en Pimeria; mas no fué esto todo. A poca distancia, hácia el N. O. de Nuevo-México, quedaba la provincia de Maqui idólatra aun y salvaje. El virey recibió orden del monarca para que aquella provincia fuese reducida con ayuda de la Compañía de Jesús. No eran pocas las dificultades que habia que vencer; aquel pueblo que se trataba de someter á la fe y á la obediencia ya habia sido convertido en otro tiempo por los franciscanos, mas habia apostatado cometiendo crímenes horribles. Se sabe por experiencia que el apóstata se encuentra, para convertirse, bajo condiciones menos favorables que el infiel primitivo. Por esto fueron vanas todas las tentativas que se hicieron no obstante su prudencia y energía.

Después de muchas combinaciones, se encargó por fin al padre Ignacio Keller que arriesgase la empresa. Este misionero tenía bastantes inteligencias en el país. Se puso, pues, en camino en Setiembre de 1743 llevando para su seguridad una pequeña escolta. Parece que el jefe español no le veía de buen ojo y por esto se mostró poco dispuesto á proporcionarle mayor número de soldados, así fué, que siendo poco imponente su aparato militar, los salvajes le pusieron emboscadas y le hostilizaron de manera que se vió obligado á volverse á la misión,

En 1744 el padre Santiago Sedelmayer llegó al rio Gila (1), fué desde luego muy bien recibido por las tribus que en número de seis mil hombres poco mas ó menos habitaban aquellos parajes. Todos se manifestaron dispuestos á secundarle para la expedición de Maqui. Entre los indígenas, que en su mayor parte pertenecian á los papagos (2), se encontraban otras tribus menos guerreras pero tambien menos bien intencionadas. Estas últimas lograron introducir la indecisión y aun la repugnancia entre las

1 El rio Gila se halla á distancia de 100 leguas de las misiones de Sonora y Pimeria, á 600 al Norte de México.

2 Bajo el nombre genérico de papagos se comprenden las siete hordas de salvajes que habitan los puntos de Rio Verde y Salado, ramal de la Sierra Madre; estos son los yumas, los cocomarcopas, los apaches y los axuas.

demás. Semejantes obstáculos paralizaron de nuevo la acción del intrépido jesuíta que habria podido sin duda vencer por la fuerza á sus enemigos, mas no queria hacer uso de medios violentos é incompatibles con el espíritu de su profesión y con la dulzura natural de su carácter. La expedición del padre Sedelmayer se redujo por entonces á un reconocimiento geográfico de aquellos lugares, de manera que, si la religion no salió aprovechada inmediatamente, la ciencia recogió al menos algunos preciosos datos.

Era necesario, sin embargo, domar á aquellas naciones que hasta entonces se habian mostrado irreducibles é infieles; hablamos de los pimecas, papabotas ó papatos, y esto era tanto mas de atenderse cuanto que era indispensable para llegar hasta los maquis. Antes de emprender la obra era de necesidad tomar todas las noticias convenientes, lo que solo podia lograrse en México en donde se conservaban todos los documentos. Se trataba de un viaje de 500 leguas y por caminos (1) que no se parecen

1 De uno á otro extremo de la California los caminos son de una horizontalidad casi perfecta. . . . Son muy hermosos durante el estío, pero en el invierno se hacen impracticables á causa de las abundantes lluvias y los desbordes de los rios; en otro tiempo se cuidaba por los religiosos de cada misión de repararlos dos veces al año, en la primavera y á la entrada del invierno; y como por lo regular cada camino conducia á dos misiones, cada una componia la mitad que le

por cierto, ni en cuanto á su seguridad ni en cuanto á la facilidad de recorrerlos con velocidad, á nuestras actuales vías de comunicacion.

San Agustin ha dicho que el que no ama no tiene celo. El buen padre Sedelmayer, que amaba tanto á aquellos pobres pueblos, se puso en camino lleno de gozo; llegó, y al conferenciar con el provincial, pudo comprender que las miras de ambos, y los medios que para obtenerlas se proponian, eran los mismos. El provincial tenia escrita una memoria en que apreciaba con gran sagacidad, tanto los obstáculos que habia que vencer, como el modo mas adecuado para superarlas. No podremos presentar aquí el análisis de esta memoria notable bajo todos conceptos; diremos solamente que es admirable que un religioso, fiel á su estado y enteramente consagrado á los deberes que él impone, hubiera podido presentar estudios tan profundos de estrategia y de topografía militar: ¡tan cierto así es que las virtudes religiosas no impiden, por mas que se diga, el vuelo de la inteligencia humana! y esto es de aplicarse especialmente á los jesuítas. Fundados por un jefe guerrero en una época de lucha contra el error y de combate contra las pasiones, la Orden ha debido conservar siempre el carácter que la imprime su origen militante. A esto hay que añadir, que puestos en diario contacto con

correspondia, y de este modo las comunicaciones eran siempre fáciles.

(Oregon, Duffot de Mofras, tom. II.)

el mundo, en donde estan siempre como centinelas, han hecho un continuo estudio de las necesidades de todo género que en él se manifiestan, bien para disminuir su malicia, ó para dirigir sus buenas tendencias.

Las memorias fueron enviadas á Madrid y su objeto era explorar la voluntad del rey.

Entretanto, el padre provincial pidió á los misioneros de toda la California relaciones exactas del estado de sus misiones respectivas. Estas eran en número de diez y seis. Se quiso fundar otra hácia el Norte, pero se carecia de recursos, de soldados y de misioneros. El padre Consag, encargado de esta comision, recibió mas tarde orden de reconocer las costas del golfo. El padre era un hombre de alta capacidad; pero aun el hombre mas capaz necesita de ayuda y de medios. Por desgracia el gobernador no se cuidó mucho de proporcionárselos; así fué que los misioneros, celosos del servicio de Dios y del rey, proveyeron por sí solos á los gastos de embarcaciones, marineros, armas y provisiones.

Corria el mes de Junio de 1746; el padre Consag partió de Loreto acompañado del jóven hijo del capitan D. Rodrigo Lorenzo. Luego que llegó á la costa de San Carlos se embarcó solo, pues el jóven se limitó únicamente á procurarle un bote con sus correspondientes aparejos.

Poco tiempo después corrió la voz de que el padre habia sido asesinado con su escolta y que las chalupas habian sido quemadas; mas

por fortuna estas voces eran falsas. El padre Consag penetró hasta el Rio Colorado y pudo al fin descubrir que la California es una península separada del resto del continente por el Rio Colorado.

Hacia la misma época se suprimian en la diócesis de Durango veintidos misiones que habian llegado á ser inútiles y onerosas; pero se estableció una importante guarnicion en Queravi, situada en el país de los sabay-puris, en una llanura en que no falta ni agua, ni bosques, ni praderas, y que se encuentra á poca distancia de la tribu de los apaches; tribu solapada y feroz que hace gala de apostatar y convertirse sucesivamente, y que todos los dias comete grandes depredaciones. Las veinticuatro misiones de los jesuitas en las provincias de Sonora y Pimeria se veian invadidas continuamente por aquellos bárbaros. Era, por tanto, de absoluta necesidad poner un limite á su audacia.

En 1748 el virey combinó una expedicion de acuerdo con las guarniciones mas cercanas; cada una de ellas debia proporcionar 30 hombres además de los indígenas que pudiesen agregarse. Los jesuitas trabajaron eficazmente por inclinar á estos últimos, no solo por medio de sus exhortaciones, sino tambien proporcionándoles abundantes municiones de guerra. No obstante, la empresa se frustró esta vez mas.

El gobernador de Nuevo México, ocupado en sofocar una conspiracion local, no llegó á tiempo. Además, el pequeño ejército se puso en

marcha y no encontró á los apaches (1), quienes al acercarse la tropa se pusieron en fuga, y, segun su táctica habitual, cayeron de improviso sobre la provincia de Sonora que se encontraba entonces sin defensa y la saquearon completamente.

Quedó, pues, por entonces sin efecto la expedicion. En 1748 volvió á intentarse aunque sin mejor resultado; mas lo que los hombres habian en vano intentado, la Providencia se encargó de hacerlo. Sucedió, pues, que ya fuese por efecto de la gracia, ó por temor, cierto número de apaches se presentaron voluntariamente á las guarniciones de Janos y de la frontera. Asustados por los preparativos de la expedicion, pedian la paz y la instruccion. Fueron bien recibidos y se abrigaba la esperanza de que otros muchos de entre ellos seguirian el ejemplo de sus compatriotas.

El padre Sedelmayer continuaba por su parte sus expediciones evangélicas en 1748: tuvo que luchar con un sin número de dificultades en sus lejanas excursiones por el Gila y la ribera occidental del Colorado, mas no se desalentaba.—En este punto perdemos de vista al santo jesuita. Quizá mas tarde volverá á aparecer, porque la conquista de las almas es tan preciosa que bien merece comprarse al precio de infinitas fatigas y sinsabores.

1 Esta tribu habita en valles profundos defendidos por estrechos desfiladeros.

Las comunicaciones con el gobierno de Madrid eran raras é inseguras; por lo regular no se obtenia sino una parte de los socorros y autorizaciones que se pedian; y si los obstáculos no resfriaban el celo de los misioneros, ni disminuian su fervor, sí desalentaban á las autoridades civiles. Una sola cosa, en medio de todo esto, era bien consoladora, y era que en realidad se habia abierto la puerta de aquellas vastas regiones á la civilizacion evangélica.

CAPITULO XXVI.

EXPLORACIONES DEL PADRE CONSAG.

Se debe al padre Consag una curiosa relacion del reconocimiento que hizo en 1746 de la costa oriental de la California, hasta el Rio Colorado. Partió de San Carlos el 9 de Junio y llegó en la tarde del mismo dia á la bahía de la Trinidad, célebre por su pesca de perlas. El 10 se desató una fuerte tempestad que obligó á la reducida embarcacion á recalar en la bahía de San Bernabé, el 11 y el 12, que pudo abordarse, el padre se ocupó en examinar y describir minuciosamente las porciones de la costa, las rocas y los cabos que tenia á la vista; el 13 predicó un sermón en San Miguel de la Pepena á

campo raso. Encantados los indigenas por la novedad, le llevaron á sus hijos para que los bautizase; el 14 se hizo de nuevo á la vela. Por todas partes encontraba rompientes, bancos de arena, rocas y masas de perlas; mas á lo lejos grandes montones de ostras; por otra parte rocas de mármol veteado de rojo y amarillo, y sobre sus cimas millares de pájaros. Cerca del Cabo Gorda aparecia la isla de Cerro-Blanco ó Montaña Blanca. En la falda de estas montañas brotaban veneros de agua dulce y tambien salitrosa.

Los indigenas de aquellos parajes, al ver la pequeña embarcacion del padre Consag creyeron que iba tripulada por buzos, y por lo mismo se dieron prisa á huir, porque los buzos, gente brutal y rapaz, le son odiosos; mas luego que supieron que no se trataba sino de las *túnicas negras* volvieron confiadamente.

Grande fué la dificultad para doblar el Cabo de san Gabriel en donde son igualmente peligrosas la calma y la tempestad. Allí acudió tambien gran número de indigenas llevando á sus hijos para que fuesen bautizados. Dos de los indigenas recién convertidos dieron aviso al padre de que una tropa de salvajes se preparaba á atacarle; al mismo tiempo le entregaron algunos carcaeses de flechas para su defensa.

El dia 15 se trató de aprovechar un viento favorable para hacerse á la vela. Se caminó con lentitud porque el buen padre no dejaba de ir anotando en sus memorias todo lo que se presentaba á su vista de raro y sorprendente en